AGUSTÍN CAPITÁN ALVAREZ

Rayos de Luz

POESÍAS

Prólogo de D. Eduardo Paradas Agüera

Presbítero

De la Academia de Bellas Artes, de esta ciudad

SEGUNDA EDICIÓN

SEVILLA
Imp. de Alvarez y Zambrano.-Teniente Borges, 7
1931

1E

AGUSTÍN CAPITÁN ÁLVAREZ

Rayos de Luz

POESÍAS

Segunda edición, refundida y aumentada

D. EDUARDO PARADA ALCÁZAR

Premio de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras

RAYOS DE LUZ

Al culto director de la hermanita "Calvario"
y sevillanísima revista "Calvario" sin
que tanto enaltece a nuestra sin
par Semana Mayor, D. José Lo
Ruiz de Castro en prueba de
agradecimiento y sincera ad
miración.
Agustín Capitán
Mayo 1945

AGUSTÍN CAPITÁN ÁLVAREZ

Rayos de Luz

POESÍAS

Segunda edición, notablemente aumentada

PRÓLOGO DE

D. EDUARDO PARADAS AGÜERA

Pbro., de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría

SEVILLA, 1931
IMP. ALVAREZ, ZAMBRANO Y COMP.ª
Teniente Borges úm. 7

Es propiedad del autor
Queda hecho el depósito que la
Ley previene.

Al Excmo. Sr.

D. Carlos Cañal y Mígolla

El Autor

PRÓLOGO

Permíteme, lector amigo, que sea yo quien usurpando ahora el oficio de sumiller de cortina, te invite a entrar por las egregias páginas de este precioso libro. Bien sé que a nada obliga una invitación oficiosa cuando se hace en un papel blanco lanzado a la ventura por un desconocido a dé donde dé y a caiga donde caiga. Pero te aseguro que si has recibido del cielo el regalo de una fina sensibilidad, quedarás obligado por esta vez a la lectura de estas páginas si no quieres que te puncen y mordiquen fieros resquemores. No sin remordimiento podrías renunciar al chorro de limpia y transparente poesía enmedio de la prosaica aridez de nuestro tiempo, por la misma razón que ni aun el más abrasado y sediento de los hebreos hubiese desdeñado el milagro de la vara de Moisés. Pues por estas deleitosas páginas, como por encantadas orillas, hallarás a cada paso sedante refrigerio del espíritu. Una musa dulcísima, no ceñida de peplo como las del Olimpo, sino de blanco velo como las vírgenes claustrales, irá prendiendo en su rapto lírico las más santas ternuras de tu espíritu.

Si la poesía es expresión armónica y sonora exaltación de sentimientos puros y generosos, el poeta Agustín Capitán Alvarez, cuyo es este libro, merece como el primero la denominación de vate excelentísimo. Lee sus versos y te convencerás. Repasa y paladea esos sonetos tan compuestos en su sencillez, tan difíciles en su facilidad y tan llanos en su alta prestancia, y verás cómo en la inexorable rigidez de la rima se encierra un caudal indeficiente de alta y honda poesía. Nada de vanas galas artificiosas, nada de cubileteos gramaticales, nada de rimbombancias de similor, nada de recursos retóricos para suplantar recursos poéticos, sino poesía auténtica, de altísima jerarquía, lisa y desnuda como la verdad, pura y cristalina como agua en la boca de una fuente.

Y luego, lector amigo, que hayas hecho a este lindo librito el honor de leerlo como se merece, tú quedarás altamente satisfecho y yo te lo agradeceré corno si el libro fuese cosa mía.

EDUARDO PARADAS

Invocación

I

Ven, luz de resplandor suave y divino,
Que alivia al corazón en su tormento,
Y le descubre al hombre en su camino
La grave majestad del pensamiento.
No eres luz material que ciega o irrita
Con su rabioso tono y sus ardores;
Eres luz celestial, suave, bendita,
Rocio para las almas y las flores.

Célica luz que es estro en el poeta,
Color en el pintor y movimiento,
Torrente de elocuencia en el profeta,
Y vigor en quien ama y sentimiento.

Si de esta luz ¡oh alma! nunca has visto
Un destello siquiera, llora y gime,
Que no sabes de gloria, ni de Cristo,
Ni has podido gustar de lo sublime.

II

Luz sobrenatural, besa a mi alma
Y envuélvela en los rayos de tu gloria,
Y así en éxtasis dulce, todo calma,
La vida humana olvide mi memoria.

Armonia celestial, hiere mi oído
Y despierta en mi pecho un santo anhelo,
Y así de lo terreno desprendido,
En alas del amor remonte el vuelo.

Gracia y amor, haced vibrar mi lira
Con entusiasmo noble y delirante,
Que calme el ciego afán del que suspira
Y torne alegre el tétrico semblante.

Arte revelador, sé mi consuelo
Con tus bellezas sacras y emociones,
Y a mis débiles ojos rasga el velo
Que oculta tus misterios y creaciones.

A Dios

Infúndeme tu ardor, tu luz divina,
Que no es la material que al cuerpo abrasa:
Es la luz celestial que cuando pasa
Cerca del alma al cielo la encamina.

Es una luz suave al par que fuerte,
Que viste de esplendor todas las cosas,
Y hace menos profundas y horrorosas
las mansiones oscuras de la muerte.

Descienda a mí la luz que vió Tobías,
La luz reveladora de Isaías,
Y la del virgen Juan, tu apóstol santo;

Y de mi incierta vida en el abismo,
Podré gustar el dulce misticismo
De un amor todo paz, sin hiel ni llanto

A la Poesía

Yo te amo con fervor, sacra Poesía,
Y nunca te ofendí con soez insulto;
Lo mismo en el pesar que en la alegría,
De mi doliente amor te ofrecí el culto.

No me apartó de ti la hiriente mofa
Acompañada, acaso, del agravio,
Que despertó en el vulgo alguna estrofa
O no logró entender el hombre sabio.

Te he contemplado triste muchas veces
Ante un inicuo tribunal sentada,
Y he visto la injusticia de tus jueces
En la expresión cruel de su mirada.

Yo de tu templo me acerqué a la puerta
Y te juré desde ella siempre amarte,
Y al débil resplandor de luz incierta
Pude entrever las gracias de tu arte.

No importa, no, que te desdeñe el necio,
Que eres el alma y vida de la Historia,
Y hasta la misma Ciencia, en su desprecio,
Te llama a sí para ensalzar tu gloria.

Mi corazón por ti late y suspira
Y gozar o sufrir quiere contigo,
Que al no poder pulsar mi triste lira
Más infeliz me siento que un mendigo.

No sé más que admirarte, y tus favores
En mi destierro amargo en vano espero,
Y he de sufrir, paciente, mis dolores,
Mi triste soledad, cual otro Homero.

A otro premia ¡oh deidad! con tus laureles,
Pues yo no aspiro a tu inmortal corona;
Endulcen sólo mi dolor tus mieles,
Que el ángel del favor hoy me abandona.

Impresión

Un frío de soledad sentí en mi alma
Al par que una inquietud breve y violenta,
Y un cielo denso y gris cual de tormenta
Ahuyentó de mi ser la suave calma.

Tuve un presentimiento de tristeza
Honda como un abismo, y, en mi duelo,
Ni en la espinosa tierra, ni en el cielo,
Pude encontrar favor, ni fortaleza.

Cerróse de mi dicha el horizonte,
Y un aire respiré pesado e impuro,
Y mi paso al andar menos seguro,
Se me hizo la llanura inmenso monte.

En el luto, el horror y hondo silencio
Lloré del bien ansiado la tardanza,
Y vi en el cielo azul de mi esperanza
Oscurecerse el sol que reverencio.

Me conmovió el misterio de la vida,
Y en el amor pensando, odié la muerte,
Y sentí compasión del que no advierte
Que va hacia una región desconocida.

¡Oh, hondos pesares, graves pensamientos!
¿Por qué inspirais al débil hombre cuando
Goza en el padecer y vive amando
Enmedio sus tristezas y tormentos?

Amor e ideal

Busco un amor que me haga afortunado
Y alivio sea de mi pesada vida,
Que marcho con mi cruz siempre cargado
Y el alma por las luchas, dolorida.

Busco un noble ideal que me haga fuerte
Y sea como el imán de mi existencia,
Consuelo en mi pesar y adversa suerte
Y rutilante sol de mi conciencia.

Sin ideal ni amor me aflige el tedio
Y sin hallar descanso ni remedio,
Mi ansiada redención espero en vano.

Y en lucha desigual, mi pensamiento
Recorre el mar, la tierra, el firmamento,
Y ansiando lo divino, ama lo humano.

A Jesús del Gran Poder

¿Adónde vas con esa cruz cargado?
¿Vas a expirar en ella victorioso
Convirtiéndola en cetro poderoso
De tu divino e inmortal reinado?

¿Vas a hacer de ella el trono de tu gloria,
En el que, dominando omnipotente,
Tu ley divina acate toda frente
Y te proclame Dios toda la Historia?

Tú no puedes morir. Tú eres eterno,
Y tu voz de justicia ¡oh Dios y hombre!
La escucha con terror el triste infierno.

Y el orbe, al verte ir hacia el suplicio,
Rendido adora tu sagrado nombre,
Y de tu amor inmenso, el sacrificio.

Y como eras del orbe reina y señora,
Tu día no tuvo ocaso, todo fue aurora.

En el Día de la Raza, 1928

¡PATRIA!

A D. José Monge y Bernal

Yo no sé lo que tienes, patria querida,
pero es tu amor la fuerza que obra en mi vida,
El fuego misterioso que me calienta
Y el manjar delicado que me alimenta.

Si medito ferviente tu excelsa historia,
Que ilumina los siglos con luz de gloria,
Mi corazón sensible queda asombrado
Y, ante tus altos hechos, anonadado.
Fué tu poder inmenso, fué sin segundo,
Y tu genio divino, la luz del mundo.

Si lanzabas al viento la voz de ¡guerra!,
Espanto en sus entrañas sentía la tierra,
Y llegó a ser tu imperio tan soberano,
Que superó al caldeo, griego y romano.

No existian en el mundo tierras ni mares
Do a tu honor no se alzaran santos altares,
Y como eras del orbe reina y señora,
Tu día no tuvo ocaso, todo fue aurora.

¡España, siempre España y en todas partes!
El cetro de las ciencias y el de las artes
Empuñaba tu mano robusta y santa,
Que a Cristo por doquiera templos levanta.

Mi alma, patria divina, mi alma te siente
Grande, noble, sublime, santa, potente,
De lo eterno y divino con la grandeza,
De lo santo y augusto con la pureza.

Tú tienes lo gallardo del heroísmo,
Lo sublime y eterno del cristianismo,
Del misterio profundo el hondo arcano;
Fué tu numen tan alto, tan soberano,
Que brilló más que el griego, más que el latino,
Porque fué más que humano, numen divino.

¡Cuán grandes, patria mía, fueron tus reyes,
Que rigieron dos mundos con sabias leyes!
¡Cuán grandes tus poetas, tus oradores,
Tus ascetas, tus sabios, tus escultores!
¡Qué admirables los santos que en ti nacieron:

Virtudes cual las suyas nunca se vieron!
Sublime es tu Teresa, noble Loyola,
Que no hay virtud ni ciencia cual la española!

No es extraño, ¡oh mi España!, no, que me asombre
Lo épico de tu historia, tu sacro nombre,
Y que cual hijo amante cante ardoroso
Tus virtudes excelsas, tu amor glorioso,
Tu influencia en el mundo, santa, creadora,
Benéfica, atrayente, consoladora.

Por ti la Media Luna se hundió en Lepanto
Cubierta de ignominia, llena de espanto;
Y el león que indomable te defendía,
Era terror de Europa cuando rugía.

Por ti Colón sublime cruzó los mares
Y un mundo no explorado cubrió de altares,
En los que aún el incienso bendito humea
Y la verdad de Cristo se enseñorea.

Por esto, noble España, yo tu amor siento,
Amor que es en mi alma fe, sentimiento,
Inspiración sentida hecha cantares,
Dolor de tus caídas, de tus pesares,
júbilo en lo valiente de tus proezas
Y pasmo en lo sublime de tus bellezas.

Como el sol de tus glorias llegó al ocaso,
La desgracia te sigue ya paso a paso;
Y si el mundo en el polvo ¡ay! puede verte,
Tú resistes heroica tu infausta suerte;
Que el vigor en tu alma no se ha extinguido,
Y de vida tu pecho aún da el latido.

Aún ¡oh patria! te alientas con la esperanza
Y en la Historia tu paso aún firme avanza;
Que tienes la desgracia de los caídos,
Pero no la deshonra de los vencidos.

Y si hoy se ve tu imperio muerto, hecho trizas,
Renacerá cual fénix de sus cenizas,
Y no por tus dominios serás odiada
Y sí por tu nobleza reverenciada.

Sí, sonarán los cantos de tu victoria
Cual el eco del bronce que toca a gloria,
Para que tierras, cielos, islas y mares
A tu surgir eleven nuevos cantares.

Esperanza

Cansado ya de caminar y herido,
Mi entristecido corazón espera;
¡Oh angel de mi esperanza, tú has querido
Ser mi compaña dulce hasta que muera!
Tú cerrarás mis ojos, y, piadoso,
Cuando a la muerte en mi vivir sucumba
Te sentarás velando mi reposo
En el helado borde de mi tumba.

¡Oh esperanza, oh dolor inexplicable
Oh gozo de un placer interminable
Que el corazón del hombre siempre ansía!

¡Cuándo habré de gozar de ese tesoro
Que no logra el poder, la ciencia, el oro,
En esta tierra de inquietud, sombría?

A Gabriel y Galán

Alma todo sentir y ardiente anhelo,
Toda divino amor, toda cristiana,
Tu lira fué, por lo creyente, hispana,
Y más que de la tierra fué del cielo.

Por el triste dolor levanta el vuelo
A la región eterna y soberana,
Fuente de gloria y luz, de la que mana
Purísimo caudal de fe y consuelo.

¡Oh Gabriel y Galán, el sentimiento
Que tu numen despierta, el alma mía
De placidez la llena y de contento!

En la aflicción te evoca mi memoria
En tanto nace el esperado día
En que te alumbre el sol de eterna gloria.

"Beáti páuperes"

Porque me hiciste pobre te bendigo,
Señor de lo creado, Omnipotente,
Del bien y del amor eterna fuente
Y vigilante amparo del mendigo.

Tú eres mi padre, mi sostén, mi amigo;
El Dios que en todo mi conciencia siente,
El que siempre al luchar me hace valiente
Por que venza triunfante al enemigo.

No quiero más riqueza, ¡oh Dios amado',
Que aquella que me gane la energía
De mi trabajo humilde, más honrado.

Pero nunca permita tu clemencia
Que mire sin comer a los que un día,
Después que Tú, me dieron la existencia.

Semana Santa de Sevilla

Visión deslumbradora de belleza,
De arte sagrado gloria soberana
En la que el alma se solaza ufana
Del genio contemplando la grandeza.

Aroma, luz, ensueño, amor, riqueza
Que elevan corazón y mente humana;
Creación divina de la Fe cristiana
Que el arte sublimó con su pureza.

Por eso a ti, Sevilla encantadora,
Llegan buscando dulces emociones
Gentes de otras creencias y naciones,

Y al verte tan genial y arrobadora,
Con jubiloso ardor tu gloria aclaman,
Y Atenas española te proclaman.

Jueves Santo sevillano

Hay aromas de incienso en el ambiente....
Hasta la luz del sol brilla más pura
Y Sevilla, radiante de hermosura,
Grave se muestra al par que sonriente.

Del drama augusto lo sublime siente,
Y en un ardiente impulso de ternura,
Rinde su corazón, todo blandura,
Ante el dolor del Redentor paciente.

Se viste de su gracia con las galas,
Siendo la admiración de las naciones,
Y a lo alto asciende de su fe en las alas:
Y a los pies de su Dios crucificado,
Saetas ardientes son sus oraciones,
Y flores, oro y perlas su tocado.

En la cumbre de la montaña

Aquí en la augusta paz de la montaña,
Te siento ¡oh Dios! omnipotente y santo;
Aquí te elevo mi ferviente canto
Mientras el sol que muere en luz me baña.

Como ese sol, que en el Ocaso oculta
Su resplandor de oro y de diamante,
Así el sol de mi amor, siempre radiante,
En el oscuro olvido se sepulta.

Muertas en mí las dulces sensaciones
Ya el fuego animador de las pasiones
No hace latir mi pecho a la alegría.

Y la nube, Señor, de la tristeza
Me cubre el sol de la inmortal belleza
Y la hermosa creación miro sombría.

A SEVILLA

EN VÍSPERAS DE LA EXPOSICIÓN IBERO-AMERICANA

I

Abre tus puertas ya, noble Sevilla,
Y a América deslumbre tu hermosura:
¡Recíbela gozosa y con ternura,
Con esa gracia que en tus obras brilla!

Del arte y de la fe siempre irradiaron
Los resplandores sacros en tu frente:
Vates y artistas con amor ferviente
En tu beldad su inspiración saciaron.

<Noble, leal, heroica e invicta> eres,
¿Qué más puede de ti decir tu historia,
Aunque timbres más altos merecieres?

Hoy, Sevilla inmortal, la luz te baña
De un nuevo sol de deslumbrante gloria,
Y en tu grandeza se enaltece España.

II

Un cielo azul te llena de alegría;
Y un bello sol te viste de esplendores;
Te perfuma la esencia de las flores,
Y tienes por escudo la hidalguía.

Eres reina sin par de Andalucía,
Cuna de excelsos vates y pintores,
De santos, de estadistas y escultores,
Y trono soberano de María.

Mas ¡oh Sevilla!, sobre toda gloria
Hay una que en justicia te envanece,
Y es la nobleza de tu insigne historia.

Por eso el arpa tu grandeza canta
Mientras en ti exuberante crece
El árbol de tu industria y se agiganta.

Al Cristo del Calvario

(A Manuel Carmona)

Fuego de eterno amor no hallé en el suelo,
Y me acerqué, Señor, a tu costado,
Y al verlo por mí abierto, lacerado,
Comprendí tu ternura y tu desvelo.

En mi alma, Señor, derrite el hielo
De mi frío desamor, y tu sagrado
Y ardiente corazón, al mío helado
Enciéndalo en tu amor de luz y cielo.

No ame el mentido amor que da la muerte
Y que lleva escondido en su dulzura
Del duro desengaño la amargura.

Del sueño de ilusión haz que despierte
Y vea la realidad de esa tu vida
Que con eterna luz y paz convida.

El eco de la campana

A la Aurora y al Ocaso

Descubre tu cabeza, reverente,
Cristiano fiel, que suena la campana,
Y con su voz, más celestial que humana,
Te habla de Dios, con expresión ferviente.

Ella del día saluda el nacimiento,
Cuando despunta la rosada aurora,
Y la piedad de Dios el hombre implora
Herido por el dulce sentimiento.

Y en el ocaso, cuando muere el día,
Con sus acentos graves lo despide,
Y parece que al cielo, triste, pide
Perdón para el que gime en la agonía.

¡Cuánto me dice, oh bronce, tu lenguaje
Cuyo fúnebre ritmo mi alma siente!
¿Te oiré acaso gemir cuando mi frente
A la medrosa tumba, helada baje?

A una hermosa

Hay en tus ojos, niña idolatrada,
Divina flor que envidia Primavera,
Algo de cielo azul, y yo quisiera
Mirar en ellos mi alma reflejada.

Hay en esa tu frente despejada,
Que tiene suavidad de blanda cera,
De las montañas nieve. ¡Ay si pudiera
Sentir mi frente en ella reclinada!

Hay en tus labios miel de los panales,
Y en tus frescas mejillas los rosales
Tomaron el color y la frescura.

¡Oh, Diosa del amor! ¿Por qué tan bella
Te hizo el Creador como la clara estrella
Siendo efímera y vana tu hermosura?

Al Dolor

No te ausentes, dolor, ven a mi pecho,
Pues cuando estás en él mi mente arde
Como el radiante sol que por la tarde
Del mar se apaga en el inquieto lecho.

Tú eres la inspiración en el poeta,
Virtud sublime en el asceta santo,
Del huérfano en los ojos eres llanto,
Treno en la boca augusta del profeta.

¡Oh inagotable fuente de la vida!
Es tanta tu virtud, que el Hijo Amado
Alzó por ti la humanidad caída.

Jamás sin ti, dolor, llegó a la gloria
Ningún triste mortal, ni ha conquistado
El reino augusto de la eterna historia.

Al Cristo de la Expiración

(TRIANA)

(A Manuel Vázquez)

¿Siendo Tú de la vida eterna fuente
Agonizas, Señor? ¡Profundo arcano
Te ha puesto en esa cruz, Dios soberano,
Cual miserable y triste delincuente.

Las sombras de la muerte, obscurecidos
Tienen tus bellos ojos, luz del cielo,
De los que sufren, celestial consuelo,
Y esperanza inmortal de los caídos.

Crispadas tienes ya tus manos santas,
Tu pecho, de amor fragua, fatigado,
Amoratadas tus divinas plantas.

Y de tu fiebre intensa en los ardores,
Con hieles ¡ay! tu boca han amargado
Para hacer más horribles tus dolores.

Angelus

Se hunde en el mar el sol y muere el día.
La noche extiende su enlutado manto,
Y de la vieja torre el bronce santo
La Anunciación evoca de María.

En un ambiente suave de poesía,
Del alma delicada dulce encanto,
Se baña la creación que entona un canto
De arrobadora y tierna melodía.

Hora toda tristeza y sentimiento;
De una vida inmortal presentimiento,
Pues al día que al ocaso triste expira,

Tras las tinieblas brillará la aurora,
En que sonríe lo que al ocaso llora
Y la creación gigante amor respira.

A BALART

DESPUÉS DE HABER LEIDO «DOLORES» Y «HORIZONTES»

Tus poesías leí, Balart sublime,
Y me admiró tu inspiración robusta,
Porque ¿quién no se admira, no se asusta
Ante el dolor que en tus canciones gime?

En «Ceniza» tu voz parece trueno
Que retumba en el valle hondo, profundo,
Diciendo a los humanos que es el mundo
Lugar de llanto y de mentira lleno.

Mas algunos poetas de hoy en día
Afirman que es ya antigua tu poesía,
Que ya pasó tu estilo a los abismos.

Yo les respondo, sin buscar contienda:
¿Quién hay, poetas modernos, que os entienda,
Si ya no os entendeis vosotros mismos?

A mi espíritu

Espíritu que estás dentro la arcilla
De mi cuerpo mortal, como aherrojado,
Porque él es cárcel dura que el pecado
Con su injusticia cada día mancilla,

Sé que odias la materia que te humilla,
Y buscas lo sublime, lo elevado,
Y quisieras volar al trono amado
Donde el poder de Jesucristo brilla.

Pero ¡ay! que en tanto mores en la tierra,
Te harán tus enemigos fiera guerra
Y vivirás en la inquietud más dura.

Soporta tu intranquilo cautiverio,
Que ya la muerte aclarará el misterio
Que oculta la nevada sepultura.

Al Cristo de Velázquez

No sé, Señor, qué tiene tu figura,
Que cuando la contemplo reverente,
Amargura profunda mi alma siente
Por tu horrible martirio y desventura.
En tu pasión, tan grande es tu hermosura,
Y es tu penar tan alto y elocuente,
Que ante tu cruz el mundo delincuente
Cayó rendido en ansias de ventura.

De ese tu rostro, que esclarece al cielo,
Reciba en esta vida la alegría,
La paz, la Fe, la dicha y el consuelo.
Y en tus brazos divinos y llagados
Recójeme, Señor, en mi agonía,
Perdonando, amoroso, mis pecados.

San Juan de la Cruz

En el amor de Dios vive inflamado.
Su alma al excelso cielo veloz vuela,
Y sufrir y morir es lo que anhela
En la cruz de su Dios, crucificado.

Dejadlo en su pensar ensimismado,
Pues su semblante pálido revela
Que no del sueño gusta, porque vela
Comunicando siempre con su Amado.

¿Con qué tan alta dicha comparara,
¡Oh místico sublime!, si tu sueño
De célicos amores yo gozara?
¡Sigue soñando, sí, querub ardiente,
Sigue bebiendo, con tenaz empeño,
Del celestial amor en el torrente!

La Inmaculada Concepción de Murillo

(A Joaquín Perteguer)

Dulce visión de celestial belleza,
Divino asombro de la humana mente:
La perfuma el olor de la pureza,
La ilumina un fulgor de luz naciente.

No fué un mortal el que trazó inspirado
La celestial figura de María
Llenando su contorno delicado
De majestad, de gloria, de poesía,

Fué un serafín que puso en sus pinceles
Color de gloria, nieve inmaculada,
Para arrobar las almas de los fieles
Con la visión de la deidad soñada.
No puede, no, la mente del humano
Soñar tanto esplendor, tanta hermosura:
¡Ay! Es la luz del cielo soberano
Que inflama al hombre, de su Dios hechura.

ANTE EL MONUMENTO DEL POETA ADELARDO LÓPEZ DE AYALA, MI ILUSTRE PAISANO

¿Por qué cuanto tú escribes lo respeta
Como divino y santo el tiempo, el hombre?
No me respondas, no; ya sé tu nombre:
Eres algo divino, eres poeta.

Y de tu lira el celestial encanto
Hiere del alma humana el sentimiento,
Y el mar, la tierra, el hombre, el firmamento
Escuchan con fervor tu eterno canto.

Cuando de todo muere la memoria
En los obscuros brazos del olvido,
Tu fama vive en la inmortal historia;

Y la divina luz de tu poesía,
Al corazón del hombre, entristecido,
Devuelve la ilusión y la alegría.

Ante la imagen de Jesús de la Pasión

¿Quién puede sin asombro contemplarte,
Si cuando el alma ante tus plantas llega,
Por tu amor atraída, a Ti se entrega
Anhelando, Jesús, por siempre amarte?

Se ve en tu rostro augusto la dulzura,
Y en tu figura santa, la belleza,
En tu actitud paciente, la flaqueza
Y en tus divinos ojos, la amargura.

¿Montañés te labró? ¡Ah, no; no es cierto!
¿Cómo pudo ¡oh Jesús! el hombre hacerte?
¡Fué un Serafín que, acostumbrado a verte,
Tu figura esculpió con santo acierto!

Si así a tu humanidad el arte santo
Mostrarla pudo en este obscuro suelo,
¿Qué será contemplarla allá en el cielo
Donde es del justo eterno y dulce encanto?

Cantar tu perfección ¡ay! quiero en vano,
Para cantarla ¡oh Dios! no encuentro nombres
En el obscuro idioma de los hombres:
Enséñame el del cielo, soberano.

A Sevilla

EN EL CONGRESO MARIANO HISPANO-AMERICANO, MAYO 1929

(A D. Eduardo Paradas Agüera)

No te canto, Sevilla, por tu cielo
Cual un zafiro bello, transparente,
Ni por tu sol divino y sonriente.
A1 cual de nubes nunca eclipsa el velo.

No te canto, tampoco, con anhelo
Por tu gloriosa historia, refulgente,
Pues del honor tus hijos en la fuente
Bebieron la nobleza, sin recelo.

No por el gozo, en fin, de tus placeres,
Que engendran la ilusión y la alegría
Cuando nos aman, tiernas, tus mujeres.

¡Ay! Yo te canto, sí, por la hidalguía
De tu sentir cristiano, y porque eres
La venturosa tierra de María.

Siempre caminando

Hombre que cruzas por el valle obscuro
De una existencia pobre y azarosa,
Y como inquieta y loca mariposa
Las flores libas del amor más puro,

Aunque leve tu paso sea seguro,
No te canse la senda pedregosa
Si te sonríe la Esperanza hermosa
Que hace suave el dolor más triste y duro.

Despójate de todas las tristezas;
Recréate del orbe en las bellezas
Y aguarda confiado tu destino:

Y cuando oigas sonar tu hora postrera,
Arrodillado y anheloso, espera
A Aquel que «es luz, verdad, vida y camino».

Anhelos

Muera, Señor, en tu divina gracia
Y mi alma soñadora logre verte:
Quiero morir, que no es la dura muerte
Para el hombre de bien una desgracia.

¡Ay! Si la muerte existe, es el pecado
En esta vida causa de su imperio;
Pero el velo de bronce del misterio
Tu fuerte mano ¡oh Cristo! ha levantado.

El ángel de tu Fé me va alumbrando,
Y el ángel celestial de tu Esperanza
Mis pasos por la tierra va guiando.

Y porque el uno es luz, y el otro guía,
El de tu Caridad, que todo alcanza,
Sea el ángel de tu amor en mi agonía.

A Jesús de las Tres Caídas

Te vi, Señor, caer; te vi rendido,
Y por el hombre criminal, hollado,
En tu dolor profundo, despreciado,
Y por tu pueblo ingrato, desoído.

Bañada en sangre obscura ví tu frente
Tu pecho fatigado y sin aliento.
¿Quién comprender pudiera tu tormento
Del Gólgota al subir por la pendiente?

Tú caes, Señor, para que yo, caído,
Del polvo de la culpa me levante
Y tu piedad divina y amor cante
En la mansión que al justo has prometido.

¡Caídas de redención santa, divina,
Y llenas de misterio soberano:
Por ellas, Cristo, el linaje humano
Se levantó feliz de su ruina!

A la Virgen del Valle en el Jueves Santo

Hermosa vas: sublime en tu martirio,
Divina y atrayente en tu amargura:
Mujer, belleza toda, sacra y pura,
Del jardín celestial fragante lirio.

El orbe inmenso tu dolor adora,
Que eres prestigio de la raza humana,
Y tiene tu figura soberana
De Diosa majestad, fulgor de aurora.

Un «valle» de dolor ¡ay! es el mundo,
Y un «valle» de aflicción tu alma divina,
Desierto, triste y como el mar profundo.

Por eso a tu dolor realeza y artes,
Un ara, como ofrenda peregrina,
Levanta con amor en todas partes.

Al Cristo de mi cabecera

Tú que mi sueño velas, Jesús mío,
De la profunda noche en el reposo
Y como padre dulce y cariñoso
Mi ingratitud te duele y mi desvío,

Jamás de mí te apartes, que en mi sueño
Tal vez mi mal el tentador maquina,
Y de su obscuro abismo en la ruina
Hundirme quiera con tenaz empeño.

Es acaso ¡oh Jesús! sueño la muerte,
O sueño engañador la humana vida?
¡Ay! ¡Sólo en Ti la realidad se advierte!

Y como en Ti subsiste lo creado,
Ora despierta el alma, ora dormida,
Permanece, Señor, siempre a tu lado.

Viernes Santo

No sé qué hay en el solemne ambiente
Del día de Viernes Santo, que en el alma
Se siente una tristeza y una calma
Que dice al corazón que es delincuente.

Y es que el deicidio sobre el mundo pesa,
Y el humano linaje, del delito
Aún oye resonar el hondo grito
Mientras la cruz ensangrentada besa.

No hay hecho, no, en la terrena Historia
Cual la pasión del Redentor, sublime,
Que al hombre, esclavo del dolor, redime,
Y su angustiado afán convierte en gloria.

Par eso en tanto el sol luzca en el cielo,
Y hacia su fin camine cuanto existe,
El Viernes Santo, augusto, será triste
Con mezcla de dolor y de consuelo.

A SEVILLA

EN LA APERTURA DEL CONGRESO MARIANO HISPANO-AMERICANO

A D.ª Concepcion Morilla

Yo quisiera cantarte cual tú mereces,
Realzando con mi canto toda tu gloria;
Que mis versos tuvieran virtud de preces
Y fueran pregoneros de tu victoria.

Mas ¡ay! que ya el sonido del arpa mía
Es vago como el salmo del desterrado,
Y en las almas que sienten, su melodía
Deja un recuerdo triste de algo soñado.

Sé que es grande la fama de tu belleza,
Que hidalga eres y amante de lo divino,
Y que alzarte a la cumbre de la grandeza
Era el fin deslumbrante de tu destino.

Lleguen a ti los que amen las tradiciones
De la patria española, única y fuerte,
Y al ver lo legendario de tus rincones
Arderá siempre en ansias de loarte y verte.

Que venga a ti el que anhele mirar un cielo
Que es luz, gloria y ensueño de los poetas;
Que llegue a ti el que quiera pisar un suelo
Que es alfombra de rosas, lirios, violetas...

Que venga a ti el que ame lo bello y santo,
Lo dulce, lo que evoca, lo que recrea,
Lo que es del alma ensueño, del vate, encanto
Del artista inspirado sublime idea.

Porque tú eres, Sevilla, sí, el relicario
Del arte sacro-hispano grave, profundo:
Tu musa fué la musa que en el Calvario
Nació al morir el Verbo, precio del mundo.

Mas no eres tú de aquellas nobles ciudades
Que cerradas se miran aún al progreso
Que en tu seno, atraídos por tus beldades,
El comercio y la industria se han dado un beso.

Y aunque vas por la ruta del modernismo,
Si tu cuerpo es profano, tu alma es cristiana;
a la fe sacrosanta del cristianismo
Se debe tu grandeza, tu gloria humana.

Por eso en el Certamen, que te enaltece,
Quieres mostrar al mundo que es mariano
El amor que en tu pecho sagrado crece,
Que es el amor primero del pueblo hispano.

Y entre los sacros timbres que alzan tu historia
Le das con noble orgullo la primacía
Al amor de la Virgen que fué la gloria
Con que al mundo creyente pasmaste un día.

Así como tu lema «NO ME HA DEJADO»
Dice al mundo lo firme de tu nobleza,
El trono que a la Virgen has levantado,
De tu fe canta al mundo la sacra alteza.

Vengan, sí, a tu Congreso pueblos, naciones,
Oradores, artistas, vates y sabios,
Y la emoción embargue los corazones
Y haya gozo en las almas, canto en los labios,

Tu Catedral se vista de seda y oro,
Los bronces de tus torres se echen al vuelo.
Y a tus canciones se unan, formando coro,
Las voces de los caros que hay en cl cielo.

Deja ya tus jardines sin puras flores,
Y desmocha gozosa tus azahares,
Y de la Virgen, reina de tus amores,
Cubre amorosa el ara de los altares.

Que cada sevillano de su alma pura
Haga para María sagrado templo,
Vestido con las galas de la hermosura
De un amor sobrehumano, digno de ejemplo.

Y letras, oratoria, ciencia y poesía
En un himno de dulces, tiernos acentos,
Gloria, honor, reverencia den a María
Hiriendo de las almas los sentimientos.

Que al volver los extraños a sus hogares
Lleven de ti el consuelo de lo divino,
Y al recuerdo glorioso de tus cantares,
Feliz, tranquilo y breve les sea el camino.

A la Inspiración

¡Cuánto tiempo ha pasado, luz preciada,
Sin que ilustrases mi confusa mente
Y de tu fuego intenso en el torrente
Mi alma bebiese hasta quedar saciada!

Yo te siento divina, inmaculada...
Todo a tu resplandor es refulgente
Y a tu divino fuego el alma siente
Que al mundo de la luz es encumbrada.

Tú vivificas lo infecundo y muerto;
Por ti es oasis lo que fué desierto,
Pues donde brillas tú obra la vida.

Y como eres de Dios celeste llama,
A tu calor el alma en luz se inflama
Y siente del amor la dulce herida.

El nombre de madre

No sé cómo ensalzarle, pues tal nombre
A los oídos es miel y armonía:
No lo pudo formar, no, ningún hombre,
Dios por primera vez lo cantaría.

Es un poema de ternura él solo
Cuyos cantos de amor son luz y calma:
Por eso con fervor de polo a polo
Lo adora siempre al pronunciarlo el alma:

Madre! exclama el que triste y desgraciado,
Al caminar por la azarosa vida,
Cae en el dolor rendido y lastimado,
Con la llorosa faz ensombrecida.

¡Madre! el que erró el camino sonriente
Que lleva a la verdad y a la ventura;
¡Madre! el que mira al mundo indiferente
Ante el hondo sufrir de su amargura.

¡Madre! el que siente hondo, y el que anhela
El fin de su pesar con ansia loca,
Que al pronunciarlo el triste se consuela
Y es suavísima miel para su boca.

Mientras la madre existe en este suelo,
Alivio siente el hombre en su tristeza,
Pues quien mira a su madre mira al cielo
Con su ventura toda y su belleza.

Que sólo es triste el que a su madre llora,
Pues el amor de madre es tan hermoso
Que tiene resplandor de clara aurora
Y es consuelo y sostén, gloria y reposo.

¿Lo recordais?... Jesús, cuando pendiente
Del infame madero se encontraba,
Inclinando a la tierra su alba frente
A su divina madre contemplaba.

Y es que en la hora cruel de su amargura,
Sólo pudo encontrar dulce consuelo
Contemplando a la madre, que es dulzura,
Y para el hijo anticipado cielo.

Yo siempre lo he creído, lo he pensado,
Que el que no tiene madre cuando expira,
Con los ojos del alma allí a su lado
Ve que su madre con amor lo mira.

Grandeza del amor

A mi amigo José Muñoz

¡Cuán grande es el amor! Nada en la vida,
Si no lo informa él, cautiva y llena:
El alma que por él se siente herida,
Se eleva en el dolor, goza en la pena.

Todo lo ve con resplandor de cielo,
Y hasta la noche obscura de la muerte,
En el ardor divino de su anhelo,
En día de luz y de ilusión convierte.

¡Amor, amor! Tu imperio misterioso
Resiste, poderoso, las edades,
Y a tu brillante paso victorioso
Se rinden corazones, voluntades.

Tuya es la tierra toda, y ni la muerte
Puede arruinar tu luminoso imperio,
Que eres lo único, grande, noble y fuerte
Que existe de la vida en el misterio.

Amor es Dios: por eso se derrumba
Cuanto en Él no está firme y tiene vida,
Que en la estrechez de obscura y yerta tumba
Toda la gloria humana, al fin, se olvida.

Amor es luz, y el hombre que lo siente
A1 fuego de su ardor vive y se inflama,
Y el sol de la verdad brilla en su mente,
Y conoce que existe porque ama.

Sólo es el hombre pobre y desgraciado
Cuando el amor para su vida ha muerto;
Entonces para él todo está helado
Y triste y solo y de ilusión desierto.
……
¡Amor, amor, de mi ardorosa alma
No te ausentes jamás, pues vivir quiero;
Del desamor a la pesada calma
La muerte o el dolor mejor prefiero!

A SEVILLA

EN LA EXPOSICIÓN IBERO-AMERICANA

A mi amigo José López Nuño

Sevilla, cielo azul, luz y alegría,
Evocación de gloria y de belleza,
Tierra feliz y hermosa de María,
Cuna de gracia, edén de la poesía
Y relicario augusto de nobleza.

Te amo con un amor algo sagrado,
Como ama el vate excelso la belleza
Cuando en la luz divina es caldeado.
Nunca de ti ¡oh Sevilla! me he olvidado,
¿Quién de tu cielo olvida la pureza?

A ti gozoso y presto el mundo viene
Hoy que vestida estás de luz y gloria,
Y es que tu fama legendaria tiene
Dulce atracción que la ilusión mantiene
El corazón llenando y la memoria.

Eres hispana Atenas, seductora,
Por sentimiento y fe firme cristiana,
Nunca esclava servil, siempre señora,
Y en tu bendito pecho se atesora
El noble amor de la virtud hispana.

Por eso sólo en ti, Sevilla mía,
Quiere mostrar la raza sus valores,
Que tu sonrisa al alma da alegría,
Tu sol amor y tus jardines flores,

Tu numen fe, inspiración tu arte,
Tus noches de quietud paz y ventura,
Que siempre encuentra el alma al contemplarte
Algo de luz, de esencia, de hermosura.

Mi canto hoy para ti porque eres sola,
¿Quién no te admira y te bendice al verte
Si en todo legendaria y española
Se ensancha el corazón al conocerte?

¿Quién no se eleva al contemplar tu cielo,
Que es todo claridad, manto de gloria?
¿Qué lira no te ensalza con anhelo
A1 evocar tu peregrina historia?
¿A qué, Sevilla, a ti viene ese mundo
Pletórico de vida y diligente?
Viene a unir a tu amor su amor profundo,
Viene tu gloria a venerar ferviente.

Sé que tu nombre hoy llena la tierra
Y que cruzando dilatados mares
Para admirar la luz que en ti se encierra
Un mundo llega al pie de tus altares.

Y es que tu nombre en alas de la fama
Desde el Ocaso vuela hasta la Aurora,
Y tu belleza y arte al mundo llama
Con voz de gracia intensa y seductora.

¡Oh! En ti palpita hoy el genio hispano,
El genio aquel que como sol divino
Vivificó al mundo americano
Y de la Historia iluminó el camino.

El genio aquel que al descubrir un mundo
Llegó a asombrar y dominar la tierra:
Y en el arte, por Dios, fué sin segundo
Por la virtud y ardor que en él se encierra.

Genio, lleno de fe, que noble, osado,

Cual águila caudal alzó su vuelo
Desde el profundo abismo y ha llegado
Hasta la cumbre divinal del cielo.

Creo que el amor, Sevilla, no me engaña
Al evocar tu esplendorosa historia;
Quien te contemple hoy verá que a España
La besa el sol de su pasada gloria.

A JESÚS

EN LA PROCESIÓN TRIUNFAL DEL CORPUS CHRISTI

I

¿Por qué, Señor, ocultas tu grandeza
Del Sacramento en las especies puras?
¿Acaso es para honrarme en mi pobreza
Y endulzar con tu amor mis amarguras?

Yo te adoro ¡oh Jesús! y te venero
Doblando ante la Hostia mi rodilla;
Como te siento en ella prisionero
Todo mi ser ante tu Ser se humilla.

Misterio el más sublime, el más profundo
Que tu poder y tu virtud revela
Ante la faz atónita del mundo.

Y como es luz y amor tu Eucaristía,
En ella el moribundo se consuela
Al expirar de su existencia el día.

II

Yo te siento, Señor, Dios de la Historia
En ese Augusto y Santo Sacramento
Porque mi fe te ve y ni un momento
Puede tu amor faltar de mi memoria.

Yo te siento cual Dios de la victoria
Por quien subsiste el alto firmamento,
Y te como cual pan que en alimento
A1 mundo diste un día para su gloria.

Si con tu amor al mundo has inflamado,
¿Qué extraño es que el arte y su belleza
Se haya en tu Santa Eucaristía elevado?

Pues siendo Tú del mundo sol fulgente

Sin ti la vida es noche, ardor, tristeza,
Tedio en el corazón, sombra en la mente.

Paz

Paz venturosa y dulce y bienhechora
En quien encuentra el corazón reposo,
Infunde en mí tu calma soñadora;
Sé mi compaña en la dorada aurora
Y en el ocaso dulce y misterioso.

Quiero un amor de paz que haga mi vida
Como un sueño de luz dulce y suave,
En el que goce el alma complacida
De una impresión de amor nunca sentida
Que inspire por lo tierna y por lo grave.

De una impresión que en éxtasis sagrado
Eleve el alma hasta los mismos ciclos,
Y deje el corazón tan sosegado
Que vea al universo iluminado
Por el divino sol de los consuelos.

Paz a los hombres, paz, paz y ventura
A los que van por la espinosa senda
Del tedio, del dolor, de la amargura,
Sin esperanza cierta de ventura,
Sin que un amor su ardiente amor comprenda.

Todo ¡oh paz! vive en ti, todo prospera,
Que eres para los pueblos sol fecundo.
¡Oh, la vida sin ti tan sólo fuera
El caos aterrador donde muriera
El vigoroso amor que alienta al mundo!

Todo, sí, en el orbe en paz camina
Menos del hombre el corazón herido
Que, al delinquir, labrando su ruina,
Huyó fugaz de él la paz divina
Y en las sombras del mal se halló perdido.

Horas de ensueño

A mi amada

Te espero aquí escondido en el misterio
De una plácida noche, deleitosa,
Ansiando ser de tu dichoso imperio
El alma más feliz y venturosa.

En el jardín de paz de mis amores
Sólo los dos y unidos viviremos,
Y, aspirando la esencia de las flores,
Juntos, también, amando moriremos.

En el reinado del amor y vida
No es bien hablar de muerte ni de duelo,
Que Dios prolonga, a su existencia unida,
La vida del amor allá en el cielo.

Tu eres, amor, más fuerte que la muerte,
Y por eso morir no causa espanto
Al que, amando con fe, se siente fuerte
En el martirio, en el pesar y el llanto.

Llega a mi lado, amada, que ya es tarde
Y de tu amor comience ya el reinado,
Porque en fiebre voraz mi pecho arde
Y estoy ya de esperar triste y cansado.

Yo te diré cuando a mi lado vivas
Cuán grande es el amor que por ti siento,
Y tu memoria y voluntad cautivas
Han de vivir en él todo momento.

Mas, no lo dudes, Dios desde su gloria
Bendecirá el amor que nos ha unido,
Y el himno triunfador de la victoria
Resonará vibrante en nuestro oído;

Y, a sus acentos dulces, la esperanza
Infundirá en nosotros nuevo aliento,
Y henchidos de valor, de confianza,
Será nuestro vivir paz y contento.

En la Catedral de Sevilla

Ante la tumba de Colón

A1 evocar el día en que con cadenas
De América volviste a las Españas,
Del sentimiento al fuego arden mis venas,
Y un tierno amor conmueve mis entrañas.

Tú, de la fe divina en el delirio,
Para mi patria un mundo descubriste,
Y sólo fué la palma del martirio
El premio singular que recibiste.

Pero ¡oh Colón glorioso! no te asombres
Al ver que tu heroísmo fué premiado
Con la crueldad y olvido de los hombres,

Que cuando al genio premia aquí la Historía,
Es cuando Dios al héroe ha coronado
Con el honor eterno de su gloria.

Comunión

(Soneto místico)

Ven muy cerca de mí, ven a mi lado
Que reposar en Ti ¡oh Amado! quiero,
Pues sin tu casto amor de tedio muero
Y se me hace el vivir duro y pesado.

Reposa aquí en mi pecho, dulce Amado,
Y sé mi único afán, sé lo primero
Que busque antes de todo, y lo postrero
Para que sólo en Ti quede saciado.

Dame, Señor, que adore tu hermosura
Ya que mi fe te ve en el Sacramento,
Manjar embriagador por su dulzura.

Ocupa Tú mi alma y pensamiento,
Sea para mí tu amor santa locura
Porque me mueva en Ti todo momento.

En la muerte de S. M. la Reina Doña María Cristina

Murió la egregia y santa soberana
Que siempre supo enérgica y valiente
Ceñir con alto honor sobre su frente
La gloriosa y sin par corona hispana.

Remedio fué de la miseria humana;
Mostróse en el dolor dulce y paciente,
Y en la verdad de Dios fija su mente
Jamás la envaneció la gloria vana.

Ella en el noble corazón del Rey
Despierta de la patria el amor santo
Y el temor del Señor le da por ley.

Por eso a él, cristiano caballero,
Ensalza Europa en ardoroso canto,
Mas ¿qué digo la Europa ...? El mundo entero.

El Vivir

A mi amigo Antonio Santos Delgado

Soñar, creer, pensar, mirar al cielo,
Mirar al mar, perderse en lo infinito,
Resignado cruzar el yermo suelo
Sellado con las huellas del delito;

Cantar y orar para ahuyentar los males,
Amar con frenesí para ser fuerte,
Y esperar con desvelos maternales
La espantosa visita de la muerte.

Esto es vivir, lo sé; mas ¡ay! me admiro
Cuando en la augusta calma del retiro
Anhelo conocer mi pensamiento;

Pregunto humilde a Dios, y Él me responde:
Humíllate a mi fe que es ella donde
El sabio halló verdad y el vate aliento.

Visión

Silencio y soledad, inmenso cielo
De luminosos mundos tachonado,
Amplísimo horizonte, rico suelo:
Tal la visión que a mi alma ha deleitado.

¿Qué más pudo soñar el alma ardiente
Que la visión de lo infinito anhela?
¡Oh, cómo el hombre pensador la frente
Eleva al cielo y su dolor consuela!

¡Oh ardiente aspiración, sueños de gloria
Que manteneis del hombre la esperanza
Cuando en el día nubloso de la historia
Con paso incierto hacia lo eterno avanza,

No os alejeis de mí, que en mi camino
Hieren mis pies espinas punzadoras,
Y voy cual triste y pobre peregrino
Otros mundos buscando, otras auroras!

El Pensamiento humano

¡Cuán grande es del hombre el pensamiento!
Un resplandor de deslumbrante gloria
Que despierta en el alma el sentimiento
A su paso triunfal dejó en la Historia.

Él penetró del mundo en la conciencia
Él se elevó hasta el cielo refulgente,
Y, corno rey augusto de la ciencia,
La creación ante él dobla la frente.

¡Pensamiento inmortal que alzas el vuelo
Desde el oscuro abismo al claro cielo
¡Ay! conocer tu esencia no me es dado;

Pobre de mí que aunque por ti me encumbro
Y la gloriosa eternidad vislumbro,
Por la materia, al fin, soy humillado!

Soledad campestre

¡Oh augusta soledad, grata compaña
De mi doliente corazón herido,
Que sueña con la paz de la cabaña
Y anhela descansar en el olvido,

Quiero gustar tu calma bienhechora
En la que al cielo se remonta el vate
Cuando de Dios la omnipotencia adora
Y en el divino amor su pecho late!

¡Oh qué gozo será, rotos los lazos
Del mundo seductor, ver en tus brazos
Nacer la aurora y fenecer el día,

Y, después en la noche sosegada,
Elevar a los cielos la mirada
Y escuchar de los mundos la armonía!

A Roma
en la fiesta de Cristo-Rey

27-10-29

Hoy llego a ti cansado peregrino,
Y vengo ¡oh Roma! a contemplar tu arte,
A ver el sol de tu esplendor divino,
A evocar tu grandeza, a venerarte.

Me trae el amor en brazos de la suerte,
Y aún creo la realidad sueño mentido;
Mas ¿quién no cree soñar ¡oh Roma! al verte
Si en tu visión soñando ha envejecido?

¿Adónde está tu antiguo Capitolio...?
Yo sólo veo, por suerte, el Sacro Solio
Y en él reinando un hombre más que humano.

Destruido ya tu colosal imperio
Dominas en el mundo ¡oh gran misterio!
Por el poder divino de un anciano.

Ensueño

¿Qué sientes, alma...? ¿Acaso la armonía
Que vierte la creación en lo profundo
Del infinito espacio, o la poesía
Que arroba al vate al contemplar el mundo?

Ese encendido afán que te devora
Por conocer las cosas y los seres,
Y esa tristeza dulce que en ti llora
Diciendo están lo soñadora que eres.

¿Qué es lo que quiere descubrir tu anhelo
Cuando en serenas noches, estrelladas,
A1 contemplar la inmensidad del cielo
Ardes de amor y brillan tus miradas?

Entonces ¡ay! tu pensamiento vuela
Cruzando, como rayo, el infinito
Donde el creador, que por el orbe vela,
De su poder y amor el poema ha escrito.

Y eres a ti misterio impenetrable,
Abismo de pasión, nunca explorado,
Y en una sed de vida interminable
Huellas del mundo el arenal pesado.

No sueñes, no, que si el amor convida
A penetrar lo oculto de las cosas,
La realidad doliente de la vida
La viste Dios con inmarchitas rosas.

¿Qué causa, pues, tu admiración gigante?
¿Por qué te atrae la triste y misterioso?
¿Por qué al mirar la estrella rutilante
Es para ti el vivir más anheloso?

No ha muchos años, oh alma, que existías
Sólo de Dios en la divina mente;
Mas no te importen ya tiempos ni días,
Que has de moverte en Dios eternamente.

Más que ese cielo azul, divino encanto
Con sus radiantes soles y hermosura,
Más que ese inmenso mar que causa espanto
Con su rugir, sus olas, su bravura...

Y aun mucho más que el universo entero
Eres tú para Dios, porque es tu ciencia
Conocer su verdad que es lo primero

Que busca el ser que estudia su existencia.

¿Lo has comprendido ya? El conocerte
No está sólo en saber qué eres, qué esperas:
Conoce y ama a Dios y de esa suerte
Te sonreirá la vida antes que mueras.

Antes que mueras; sí; pero a esta vida,
Que no es la muerte eterna tu destino;
Y has de vivir ¡oh alma! a Dios unida
En éxtasis de amor, dulce y divino.

Profesión de fe

Mi Dios es Cristo, el Dios que en la mirada
Lleva el amor que al hombre transfigura,
El que creó los mundos de la nada
Y los vistió de luz y de hermosura.

El que nació en el tiempo siendo eterno,
Y en celestial doctrina abrió su boca,
Y muriendo en la cruz venció al infierno,
Y es vida y luz del triste que le invoca.

El fuerte Dios que ansiaron las edades
Como promesa celestial de gloria,
El que llenó de eternas claridades
La misteriosa noche de la Historia.

No conozco otro Dios más que al divino
Jesús de Nazaret, el Dios humano
Que, la verdad sembrando, al mundo vino,
Y fué del hombre amigo, padre, hermano.

Tal es mi Dios... ¡Qué majestad divina
Ve el alma en El si estudia su grandeza!
¿Qué hombre al sentirlo Dios no se ilumina
el amor y luz de su belleza?

No se parece a nada su reinado,
Que El reina por amor, y, ¿qué hay más fuerte
Que el santo amor de Dios que ha caldeado
Hasta el abismo helado de la muerte?

Siempre excelso es Jesús, siempre sublime
En su palabra augusta y en su ejemplo:
Cuando consuela al que en el lecho gime
Y cuando arroja al mercader del templo.

Mas nunca fué tan grande como el día

Que, sólo por su amor santo y profundo,
En el Calvario al Padre se ofrecía
Para salvar y redimir al mundo.

¡Ah! Desde entonces ya su cruz domina
En la diadema augusta de los reyes,
Y es la verdad y amor de su doctrina
Causa de paz y equitativas leyes.

¡Ay de vosotros sabios que estudiais
Con odio injusto o indiferencia a Cristo;
Tan sólo como hombre lo mirais,
Por eso su grandeza no habeis visto!

A Cristo como a Dios hay que estudiarlo,
Y por la fe reverenciar su esencia,
Después, con humildad, hay que adorarlo
En el interno altar de la conciencia.

Que Dios se acerca al sabio que se humilla,
Y a los que viven por su amor inquietos
Les muestra de su luz la maravilla
Y de su ciencia eterna los secretos.

"Paeterit enim figura huius munui”

Cruzaré por el mundo como tantos cruzaron
Sin dejar un recuerdo de su azarosa vida,
Y como tantos otros que en el mundo llevaron
La Cruz de su Calvario en el alma escondida.

Pasaré como pasan la brava ola y el viento
Sin dejar de su paso la estela misteriosa,
Y tan sólo el olvido su oscuro monumento
Levantará en mi tumba nevada y silenciosa.
No quedará una huella que indique ni camino
En las arenas rojas por do mis pies marcharon
Cuando en ardiente anhelo de amor ciego y divino
Por el desierto seco del mundo me guiaron.

Me ocultará en sus sombras la noche del olvido
¡Hay del que eternamente reposa en sus negruras
Y en sus abismos tristes por siempre sumergido,
Las esperanzas pierde de luz y de ventura!

Y yacerá mi tumba de todos ignorada,
Las flores del recuerdo no brotarán en ella,
Y al verla tan oculta, tan triste y desolada,
La besará, por lástima, la luz de alguna estrella.

Y allí en la madre tierra que estrecha, tierna, al hombre
Tendré por nívea lápida el césped y la arcilla,
Y sólo Dios en ella descifrará mi nombre
Desde el excelso trono en que en su gloria brilla.

Al Stmo. Cristo de la Buena Muerte

(UNIVERSIDAD)

Tú solo ¡oh Cristo! al mundo has conquistado
No con bélicas armas, ni con oro:
Tu conquista se debe al gran tesoro
De tu divino amor que has derrochado.

Al contemplarte en esa cruz clavado
Tu Humanidad sagrada, humilde, adoro,
Y en tanto en esta tierra árida moro
Por el sol de tu fe vivo alumbrado.

El que de Ti se aleja habita en muerte...
¡Triste del hombre que jamás advierte
Que en Ti la fuente de la vida mana!

¿Qué es sin tu fe la vida de este mundo...?
Noche triste y sin luz, tedio profundo
Y un sueño de ilusión la gloria humana.

Una mirada

Qué pasó? No lo sé, mas tu mirada,
Al encontrarse ¡oh hermosa! con la mía,
Llenó mi corazón, mi fantasía,
De un tenue resplandor cual de alborada.

¡Ay! Del amor la viva llamarada
Prendió en todo mi ser, y, en mi alegría,
Vi ya acercarse el venturoso día
De una dicha de amor siempre soñada.

Sé que me amas, mujer, sé que a tu pecho
Seria traidor acero mi despecho,
Y que por mí tu vida sólo alienta;

Mas mientras llega día tan suspirado
No te alejes de mí, ven a mi lado,
Que es tu mirar manjar que me sustenta.

Penetración

Tus ojos vi, y por su luz radiante
Adiviné tu amor y tu alegría...
¿Oh si en aquel feliz y dulce instante
Tu alma se hubiese unido con la mía?

Me hablan tus ojos, diosa, en un idioma
Que sólo entiende mi alma enamorada,
Por eso en ellos siempre mi amor toma
Luz y vigor que animen mi jornada.

Mírame siempre así, porque al mirarme
Sabes tu dicha y tu dulzura darme
Y en mi camino yermo hallo descanso.

Es que el amor la vida hace muy breve,
El peso de la lucha, suave, leve,
Y el tigre del dolor se vuelve manso.

A mi madre

Te llevo aquí ¡oh amada madre mía!
De mi ardoroso pecho en lo profundo;
Sin tu constante amor ¡ay! fuera el mundo
Para mi pobre alma noche fría.

Toda eres para mí dulce ambrosía;
Y si el sufrir me azota furibundo,
Tu corazón, en caridad fecundo,
Infunde en mí la paz y la alegría.

A1 contemplarte ya débil y anciana,
Aún te amo más porque tu vida humana
Se acerca presurosa a la partida.

Y siento al verte ¡oh madre! tal consuelo
Que me parece ver el mismo cielo,
Porque es tu amor el cielo de mi vida.

En el Museo del Prado

Ante el Cristo de Velázquez

A D. Rafael Laffón

¡Qué sublime el artista al idearte,
Jesús de Nazaret sacro y clemente;
Tal gloria y majestad puso en tu frente
Que inspira en Ti el dolor y llora el Arte!

¿Quién con visión de artista al contemplarte
Lo sobrehumano de tu amor no siente,
Si en Ti palpita lo inmortal, lo ardiente,
Y como a Dios y hombre hay que adorarte?

No alcanza el genio más: llegó a su meta
El realismo en el Arte. ¡Oh, es lo inmenso
Donde se abisma el alma del poeta!

¡Es el gran sacrificio hecho figura
Para que vea la humanidad lo intenso
Del padecer de Dios y su hermosura!

A una beldad triste

Veo en tu halagüeño rostro una tristeza
Que se asemeja mucho a la amargura,
Y tiene tal encanto, tal belleza,
Que nada hay comparable a su hermosura.

¿Por qué estás triste, hermosa? ¿Quién la calma
De tu risueño amor turba atrevido?
¿Quién la ilusión dorada de tu alma
Y de tu dicha el cielo ha entristecido?

Alégrese tu faz y la alegría
Haga nacer en ti dulce esperanza
Que anime como sol de nuevo día...

Si es mi desvío la causa de tu duelo,
Yo te daré, gozoso y sin tardanza,
El corazón, y, si pudiera, el cielo.

A Ntra. Sra. de Guaditoca

Patrona de Guadalcanal, en la visita que hice a
su Santuario el 31 de Octubre de 1929

Un hijo tuyo soy, y, peregrino,
En este día ¡oh Madre! vengo a verte
Porque mi alma apasionada advierte
Que es paz y vida y luz tu amor divino.

¡Oh qué leve el afán me ha hecho el camino
!Y es que tu amor en bienestar convierte
El cansancio, la sed, la triste suerte
Y el modesto vivir del campesino.

¡Guadalcanal risueño, Guaditoca,
Mi mente y corazón siempre os evoca
Al recordar mi infancia sonriente,

En lo hondo de mi alma vais conmigo
Como el recuerdo dulce del amigo
Lo lleva el hombre fiel que ama y que siente!

II

¿Te acuerdas, Virgen pura? Cuando niño
Mi madre hasta tus plantas me traía,
Y al oído, muy quedo, me decía:
«Siempre puesto en su amor ten tu cariño.»

He obedecido fiel, pues ni la ciencia
falta de fe, ni la impiedad han logrado
Verme de Ti, cual otros, separado,
Ni mancillar la fe de mi conciencia.

Si el que te halló, Señora, halló el consuelo,
Ni temo el padecer, ni el triste duelo,
Que he vuelto a ver tu faz bella y gloriosa,

Y sé que en el vivir que es un combate
Donde el humano, al fin, débil se abate
En Ti hallaré defensa poderosa.

A la Cruz del Puerto (1)

Hoy con dolor te miro ¡oh Cruz del Puerto
Que un tiempo me recuerdas ya lejano,
Cuando mi pecho, a la esperanza abierto,
No se afligía del mundo al hondo arcano!

Ayer, soñar un mundo de ilusiones,
Mas hoy, sentir lo triste de la vida,
Que en un hirviente mar de confusiones
La nave de mi alma se halla hundida.

Oh Cruz que al oprimido has libertado,
No hay para ti futuro, ni pasado...
Yo avanzo hacia mi fin, tú, eternamente

La evolución contemplas de la Historia,
Envolviendo en los rayos de tu gloria
De la sedienta humanidad la frente!

_____
(1) Lugar eminente del valle de Guadalcanal.

Tristeza otoñal

Tristeza del otoño, sentimental tristeza,
Tú hieres lo profundo del alma soñadora,
¿Qué tiene de tu calma de claustro la belleza
Que el alma al recrearse en ella piensa y llora?

¡Oh vaguedad augusta, misterio que se siente
Al observar los mundos en el espacio inmenso!
Misterio ante el que inclina su luminosa frente
El sabio en el asombro de su sentir intenso.

Nostalgia de una patria perdida en el olvido
Que oculta a nuestros ojos lo antiguo, lo soñado...
Es luz que se oscurece, es canto con gemido.

Otoño, en tu tristeza, despiertas el consuelo
Del sol de la esperanza que al mundo ha iluminado
Para que siempre el hombre camine ansiando el cielo.

Inquietud

Huid, pensamientos tristes, de mi mente,
Que me amargais el corazón, la vida,
Y, al despertar temor en mi alma herida,
Haceis arder mi ya marchita frente.

Sé que ilusión mi juventud no siente;
Que mi esperanza hermosa fué perdida...
Ni aun el amor fecundo me convida
Para apagar en él mi sed ardiente.

Dejadme, pensamientos, que mi alma,
sumergida del sueño en la honda calma,
Ni anhele el bien, ni tema el sufrimiento.

Y no volvais a la memoria mía
Para turbar la paz de la alegría
Que al contemplar el mar y cielo siento.

A Jesús de la Pasión
(A mi querido amigo Manuel Guerra Jiménez)

Eres todo dulzura, y el tormento
Llevas en tu semblante dibujado;
Bajo la Cruz al verte lastimado,
Se asombra el ángel, llora el firmamento.

No brota de tus labios ni un lamento,
Y cual manso cordero inmaculado,
A morir en un monte eres llevado
Por un pueblo soez, sin sentimiento.

De esa tu horrible calle de Amargura,
Jesús de la Pasión, sigue el camino
Que lleva del Calvario hasta la altura;

Pues el salvar ál mundo es tu destino,
Y su rescate el hombre y su ventura
Espera de tu amor, que es sol divino.

Ante el magnífico "paso"
de la Virgen de la Amargura
en la tarde del Domingo de Ramos

(A D. Carlos Ollero y Sierra)

¡Quién lograra ensalzar, Virgen sagrada,
Con lira celestial tu honda amargura,
La eterna majestad de tu hermosura,
La expresión de dolor de tu mirada!

La angustia que en tu faz llevas grabada
Mostrando está tu inmensa desventura,
Pues siendo la mujer sublime y pura,
Del martirio cruel te hirió la espada.

Mas ese tu dolor en luz de gloria
Y en vibración de salmo de victoria
Convierte hoy ya el mundo redimido;

Y por la Fe y el Arte soberano,
Siempre al mirarte el pueblo sevillano
En la red de tu amor será prendido.

Fulget Crucis mysterium

(A D. Santiago Montoto)

Señor, alza tu Cruz, que el mundo vea
De redención el signo soberano,
La fuerza incontrastable de tu mano
Y el fuego del amor que en ti flamea.

Sólo tu excelsa Cruz se enseñorea
Sobre el poder injusto y el tirano;
Virtud y eterna paz es en lo humano,
Gloriosa luz y señorío en la idea.

Sin ella esclavitud, noche es la vida...
La Ciencia humana, en sombras sumergida,
Camina por los siglos lentamente,

De reposo y verdad siempre sedienta,
Y la duda cruel que la atormenta
Por desechar tu Cruz mancha su frente.

Alma, se acerca Dios

A D. Adolfo Rodríguez Jurado

Alma, se acerca Dios.... Estremecida
Recibe el resplandor que te envía el cielo,
Que es con su luz felicidad, consuelo,
En las espesas sombras de la vida.

¿Adónde estás, mi Dios, que quiero verte?
Descúbrete a mi vista, y tu hermosura
Llene mi corazón de tu ventura,
Que no arrebata el tiempo, ni la muerte.

Yo no te veo, Señor, pero te siento
Llenar todo mi ser, y sé que vivo
De tu belleza y de tu amor cautivo
Y que es luz de tu luz mi pensamiento.

Inmenso eres, mi Dios, todo lo llenas,
Todo vive por Ti. Sin Ti dejara
Yo al punto de existir. ¡Ay si lograra
Romper por Ti mi vida sus cadenas!

¡Oh! Estás cerca de mí, porque mi alma
Advierte ya el fulgor de tu presencia,
Ya te adora con tierna reverencia
Mi corazón, en venturosa calma.

Mas no te puedo ver, Luz increada,
Pues tu divino resplandor me ciega
Y si mi alma a tu presencia llega
Abismada en tu Ser es casi nada.

No te siente el soberbio, el engreído,
Que el tierno Dios de los humildes eres,
Pero en medio del mundo y sus placeres
Tu vivífica voz hirió mi oído.

Buscando eterno bien fui por el mundo
Y no lo hallé en las cosas ni criaturas,
Y quise remontarme a las alturas
En mi vehemente amor ciego y profundo.

Para olvidar lo agudo de mis males
Fui buscando, también, dulces amores,
Y tan sólo encontré duros dolores
En los mentidos goces terrenales.

Quiero gustar contigo la ventura
pues tu divino amor me llama a voces;
Quiero sentir lo intenso de tus goces,
Que tienen de las mieles la dulzura.

Jamás me diga ya tu voz: «Espera»,
Que impaciente mi amor de tedio muere.
Yo haré, Señor, lo que tu amor quisiere
Si para mí tu faz es placentera.

Como mi bien busqué de Ti muy lejos
Y hallarlo en parte alguna no he logrado,
Permanecer, Señor, quiero a tu lado
Y de tu luz me abrasen los reflejos.

En la noche sin fin que estoy pasando
La soledad del desamor me aflige;
Tu tierno amparo ¡oh Padre! me cobije
En la dulce quietud del sueño blando.

Sé que por Ti tan sólo el mundo existe
Y que sin Ti mi vida no sería;
Por eso anhelo ya tu eterno día,
Inmenso bienestar de mi alma triste.

L o que vida creí ¡ay! no era vida,
Era vivir muriendo lentamente,
Era duda en el alma, y en la mente
Luz indecisa, en sombras sumergida.

Tú solo eres la vida, Tú el camino,
Quien camina sin Ti va extraviado:
El caminar, Señor, junto a tu lado
Es ya gozar de tu esplendor divino.

———————

Al
Stmo. Cristo de la Clemencia
(VULGO DE LOS CÁLICES)

A D. Joaquín Hazañas y la Rúa

Clemencia eres, Señor, dulce clemencia,
Divinidad y amor es tu figura,
Consuelo en el dolor tu desventura
Y resplandor del cielo tu inocencia.

Te contemplo abismado, y mi conciencia
Me dice que eres Dios, que tu hermosura
Es la expresión de la belleza pura
Con que soñó la humana inteligencia.

Esencia del sentir, del sufrimiento,
De piedad y virtud santo portento,
De caridad modelo y de heroísmo,

¿Cómo al mirarte ¡oh Dios! aun siente el mundo
De su doliente alma en lo profundo
La punzante inquietud del egoísmo?

II

Divino eres, Jesús. Con fe me postro
Ante el madero en el que estás clavado…
¿Quién de sangre y de sombras, dulce Amado
Ha podido cubrir tu betió rostro?,

¿Cómo estás muerto ¡oh Dios! siendo la vida
Y siendo fuego y luz ¡oh Jesús mío!
Cómo tu ardiente pecho yace frío
Y helada del costado está la herida?

Has muerto Tú, mas tu virtud no ha muerto
Que ese tu pecho lastimado, abierto,
Es para el hombre el venturoso nido

Donde refugio encontrará en las horas
De las amargas luchas destructoras
Cuando de muerte, al fin, se sienta herido.

"Vox enim tua dulcis"

A mi querido amigo Juan Gotor

Qué dulce me es tu voz, amada mía!
Despierta en mí tan grato sentimiento,
Que parece que escucho la armonía
Con que recrea al poeta el firmamento.

Y es que al vibrar, suave, en mis oídos
Siento gozar mi corazón doliente,
Y evoco unos recuerdos ya perdidos
En el abismo inmenso de mi mente.

En mi vivir en que sufriendo lucha
Espero redención porque amo mucho,
Que sólo amando espera siempre el alma.

Deléitame, mujer, con tus cantares
Y olvidaré el dolor de mis pesares
De tu plácido amor en la honda calma.

Hacia la eternidad

A D. Tirso Camacho

Hacia un abismo ¡oh Dios! marcha mi vida;
A dónde voy no sé, pero es lo cierto
Que avanzo temeroso en un desierto
Llevando el alma en el pesar sumida.

¿Cuál es mi fin y en dónde está el camino
Que me conduce a él? La estéril ciencia
Satisfacer no puede a mi conciencia
Ni aun mitigar mi sed de lo divino.

No logra con su luz calmar mi anhelo
De eterno bienestar, que es vano el nombre
Con que define lo infinito el hombre
Mientras la esencia oculte denso velo.

Hay que invocarte a Ti, Verbo sagrado,
De lo profundo y misterioso puerta:
Sólo a tu voz el alma se despierta
Del intranquilo sueño del pecado.

Mi corazón por el amor palpita,
Pero jamás lo siento satisfecho;
Y es que, Señor, mi lacerado pecho
Tu eternidad gloriosa necesita.

Que no es ficción mi amor y mi deseo,
Es realidad que mi conciencia siente;
Por eso, humilde, inclino ya mi frente
Y en tu palabra revelada creo.

¡Ay! Aunque todo fuere una mentira,
Es realidad tu Ser y mi existencia:
Me lo dice la voz de mi conciencia,
Que por tu bien y tu verdad suspira.

Resurrección

¿Morir, Señor, morir? No, todo es vida:
A voces me lo dice el pensamiento;
Todo es calor, constante movimiento
Y aspirar a una dicha apetecida.

Todo es sentir anhelos inmortales,
Buscar la luz de la divina gloria
Y en un triunfante canto de victoria
Hundir en el olvido nuestros males.

Todo es buscar la paz del claro cielo,
Todo es sentir del orbe la armonía,
Y hasta el dolor moral de la agonía
Tiene por la esperanza algún consuelo.

El alma se rebela ante la muerte
Queriendo penetrar en su misterio,
Y aun sintiendo pavor ante su imperio
En su misma impotencia se hace fuerte,

¡Oh! Un Lázaro es el hombre, que en su tumba
Tu voz de vida ¡oh Dios!, ligado, espera;
De ella saldrá a gozar tu verdadera
Vida mientras el mundo se derrumba.

¿Por qué, Señor...?

A D. Manuel Siurot

¿Por qué, Señor, mi espíritu doliente
A1 pensar en la muerte siente espanto?
¿Por qué arde en el dolor mi mustia frente
Y empaña mis pupilas triste llanto?

¡Oh! ¿Cuáles son las causas poderosas
Que hacen pobre e infeliz la humana vida
Para que ya los seres, ya las cosas,
Dejen el alma en la inquietud sumida?

¿Qué misterio profundo hay en el cielo
Y en la inquietud del agua de los mares,
Y en la armoniosa variedad del suelo,
Que arranca de mi lira hondos cantares?

Hay un destello de tu ciencia sólo,
De tu poder fecundo y soberano:
Tu vivífica acción de polo a polo
A1 par que viva luz es hondo arcano.

Dame, Señor, tu ciencia deslumbrante
Y un rayo esplendoroso de tu lumbre.
Que soy un desterrado caminante
Que huyendo del abismo ansia la cumbre.

Mi existencia

En la vida luchar, sentir la muerte,
Adorar el amor casto y fecundo,
Mirar sin inquietud la feliz suerte
Del poderoso que domina al mundo.

Compadecer al infeliz que siente
Desilusión en todo cuanto existe,
Y sin alzar a Dios nunca su mente
Vive con faz alegre y alma triste.

En esto está ocupada mi existencia,
Y como, al fin, transito por la vida
Bajo la acción de la alta Providencia,

Yo quisiera vivir despreocupado,
Como el que apenas sufre y luego olvida
Cuanto fué con pasión un tiempo amado.

Mi tesoro

Te ofrece el rico su preciado oro
Y el dulcísimo místico su amor;
Yo no puedo ofrecerte otro tesoro
Que mi triste dolor.

Acéptalo, Señor, cual don sagrado
Y aliviarás el peso de mi cruz,
Que aunque mucho pequé, yo he deseado
Siempre tu excelsa luz.

Los halagüeños gozos de mi vida
Trocados en sufrir y tedio están,
Y nada de la tierra me convida
A hacer dulce mi pan.

Las cuerdas de mi lira yacen rotas
Por no gemir en fúnebre canción,
Que la tristeza aguda de sus notas
Hieren mi corazón.

Sólo cantando en mi dolor y duda
Mi débil corazón puede vivir,
Y antes de contemplar mi lira muda
Prefiero ¡oh Dios! morir.

Y es que cantando el alma se consuela
Mientras posee tu célica verdad,
Y ve en la sombra que la dicha vela
Alguna claridad.

Salutación a mi patria chica

G U A D A L C A N A L

Gozoso vuelvo a ti, patria querida,
Risueño valle, imán de mis amores,
Donde nací al ensueño de la vida
Y deshojé de la ilusión las flores.

Cual reliquia de amor siempre te llevo
Dentro del corazón, patria risueña,
Y hoy, al llegar a ti, mi alma te entrego,
El alma que en tu paz augusta sueña.

Hijo soy que por ti, tierno, suspira;
Hoy, como ofrenda singular, mi lira
Te ofrece, en su emoción, su humilde canto.

Recíbalo tu amor, que ya mi anhelo
De vida y luz ardió bajo tu cielo,
Y en ti, al nacer, vertí mi primer llanto.

Petición

Dame tu corazón, y de tus ojos
El célico fulgor que me deslumbra;
Mi senda de dolor, llena de abrojos,
Alegrará del tiempo en la penumbra.

Triste vivo sin ti, cual solitario
Perdido en las arenas del desierto,
Y marcho con mi cruz a mi Calvario,
El corazón sangrando y casi muerto.

Me hace morir tu amor. ¡Oh dulce muerte,
Que derriba al coloso, al héroe, al fuerte,
Abatiendo su orgullo y fortaleza!

Y sin tu tierno amor no viviría,
O fuera mi vivir lenta agonía
Y mi gozo mayor, honda tristeza.

Al hombre

¿Y eres hombre mortal y hay en tu mente
Una chispa del cielo desprendida?
¡Oh! en vano estudiarás constantemente
Los secretos profundos de la vida.

Y aunque la humana Ciencia te deslumbre,
Tu sed saciando en algo y tus anhelos,
No llegarás, sin fe, a la alta cumbre,
Ni con su luz te inspirarán los cielos.

Caminarás sin ilusión, sin tino,
Si con la luz de Dios no te iluminas
Y encontrarás sembrado tu camino,
No de flores de olor, sino de espinas.

¿Quién sondeará el tenebroso abismo.
De tu voluble corazón? En vano
Al universo estudiarás. Tú mismo
¡Ay! eres para ti profundo arcano.

Alza tu corazón, alza tu frente,

Que mida la creación tu pensamiento:
Lo que ella no te diga, ciertamente
Te lo dirá tu dulce sentimiento.

¡Ay! Siempre cruzarás la vida inquieta
Sin comprender del mundo la armonía,
Y al grato son del canto del poeta
Sólo hallarás alivio en tu agonía.

Que desde el triste llanto de la cuna
Hasta el momento amargo de la muerte,
Huirá de ti la próspera fortuna
Y morirás, al fin, sin conocerte.

Militando

Llevo, Señor, mi alma lacerada,
Y si nadie penetra mi tormento,
Es porque tengo alegre la mirada
Y a veces el sufrir me da contento.

Llevo, también, los pies ensangrentados
Y un lento ardor de fiebre me devora;
Mis ojos por el llanto están quemados
Y si mis labios rien mi pecho llora.

En mi pasión no quiero cirineo,
Que subir sin favor sólo deseo
Con mi pesada cruz a mi calvario,
Y en él morir cual mártir sin ventura
En un revuelto océano de amargura,
Viendo a mis pies abierto el triste osario.

Vivir pensando

¿Quién habitar pudiera en el desierto
En fresco oasis, solo y escondido,
Estudiando en las sombras del olvido
Y siempre para Dios el pecho abierto!

Vivir y amar; mas para el mundo, muerto,
Y oculto del amor dentro del nido,
Sin ser jamás por la traición herido
Y para el sol de la verdad despierto.

¡Ay! ¿Quién pudiera ser místico asceta
Con heroísmo y temple de profeta,
Siempre grave al hablar, siempre sereno,

Con la elocuente majestad del sabio
Que tiene miel y música en su labio
Y está de ciencia y luz divina lleno!

Ego

Hiel en el corazón, luz en la mente,
Y en mi alma inmortal honda tristeza,
Arrugas prematuras en mi frente
Y alguna que otra cana en mi cabeza.

En la senda sin fin en que me pierdo,
Sólo desolación y lo infinito,
Grave dolor moral, triste recuerdo
De un amor, para mí, dulce y bendito.

Sintiendo así mi vida siempre avanza
A impulso del vigor de la Esperanza,
Semitonando el salmo del consuelo,

Y sufro el malestar del oprimido
En la calmosa noche del olvido,
Bajo el misterio abrumador del cielo.

II

Inquieto vivo y por el mundo avanzo
Sin esperar en nada y vacilante;
Mas, si alguno contempla mi semblante,
Reconocer podrá que no descanso.

Nada tiene ilusión para mi alma,
Y unas veces alegre y otras triste,
Quisiera conocer qué ley existe
Dentro mi corazón que ansía la calma.

Me arroba el arte sacro y la poesía,
Y en su divino altar yo quemaría
De mi fervor el oloroso incienso;

Porque es para mí el arte sol divino
Que disipa la sombra en mi camino,
Y me hace ver un horizonte inmenso.

Fortaleza

No te amilanes, alma, y alza el vuelo
De esta tierra que mancha con su lodo;
Sube a la altura, sí, que desde el cielo
Se ve la árida tierra de otro modo.

No te entristezcas, no, y cobra aliento;
Toma vigor en la Verdad divina,
Sacude de tu frente ese tormento
Que está en ella clavado cual espina.

Y como todo pasa en esta tierra,
No te apure el sufrir, llora cantando,
Y muere cual los héroes en la guerra,
Con el dolor y la traición luchando.

Siempre, impasible al tedio, a la pobreza,
La ingratitud y la perfidia olvida,
Y poseerás, al fin, una riqueza
Que es paz sin turbación y eterna vida.

Nada le aclara en su saber la ciencia;
Mas al mirar la máquina del cielo,
Afirma que algo existe: su conciencia.

Ansiedad

Ansia saber el hombre qué es la vida,
Y viendo su ficción, su nada, llora;
La cree cual noche eterna, sin aurora,
Como una cosa extraña, indefinida.

Siente su alma en el pavor, herida,
Y la divina luz del cielo implora,
Porque la estéril tierra donde mora
En el sombrío arcano ve sumida.

Invoca a Dios y siente ya consuelo,
Le devuelve el amor la Providencia
Y calma por la fe su ardiente anhelo.

Siempre bogando

Navego por un mar alborotado
Ansiando divisar el feliz puerto,
Y llevo el corazón tan lastimado,
Que sin fe ni calor va casi muerto.

¡Oh, qué azaroso mar es nuestra vida!
El corazón por él siempre navega,
Y soñando en la playa apetecida,
Al huracán y al temporal se entrega.

Hay un faro esplendente: la esperanza;
Quien por el mar de la existencia avanza
Sin divisar su luz, sufre amargura.

Y al verse envuelto en noche tenebrosa,
Siente en el alma el peso de una losa...
¡Oh, quién podrá medir tal desventura!

Sentimiento

Llevo en el corazón tal desconsuelo
Y en el fondo del alma tal tristeza,
Que, olvidando la tierra, anhelo el cielo,
Y con desprecio miro la riqueza.

Me es el mundo tan sólo una figura,
Humo que se disipa, raudo viento;
Sólo admiro un prodigio: la hermosura.
El deslumbrante sol del pensamiento.

De la inestable vida en la amargura
Hay una luz de resplandor divino:
La esperanza feliz de una ventura
Que conforte al doliente en su camino.

¡Oh, misteriosa luz consoladora,
Oh, esperanza inmortal cuya alegría
Presta vigor al que afligido llora
Consolando el temor de su agonía!

Doliente corazón, calma tu pena,
Que ha de tener tu esclavitud remedio,
Y, libre al fin, ya rota tu cadena,
El gozo más feliz seguirá al tedio.

Melancolía crepuscular...

Agonizaba el sol, y el alma mía
Lloraba de su amor la ausencia dura,
Y en la medrosa y triste sepultura
Todas sus ilusiones caer veía.

¡Qué amargo fué el ocaso de aquel día!
Aún recuerda mi alma su amargura
Y siento el corazón con la tortura
Que sufre quien conoce su agonía.

Hay horas de dolor que ahogan el alma
Cuando perdida de la paz la calma
Vuela en inquieto afán cual mariposa,

Y equivocando, ciega, su camino,
Arrójase en las manos del destino
Rendida, triste y en el bien dudosa.

Lo inexplicable

¡Qué anhela el corazón cuando no sacia
Su sed de bien ni poseyendo el mundo?
Tras de la gloria siempre la desgracia,
Tras del placer el tedio más profundo.

Insaciable en el hombre el apetito
De un goce halagador, jamás el alma,
Sintiendo la atracción de lo infinito,
Puede en la vida hallar dichosa calma.

De una noche invernal, triste y helada,
Envuelta está la vida en el misterio,
Y hay que esperar la luz de la alborada.

La alborada es la Fe con sus fulgores,
Que en la humana conciencia halla su imperio
Entre cantos de amor, luces y flores.

En el septuagésimo quinto aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción

1854 – 1929

¿Cómo podrá cantar la lira mía
Tu excelsitud augusta y tu pureza,
Si ¡ay! es nada del genio la agudeza
y del mundo visible la armonía!

No llego a declarar cuando te canto
Lo que eres Tú, pues que tu alteza es tanta,
Que la emoción anuda mi garganta
Y no puede expresar mi voz tu encanto.

Hay que cantar tus glorias de rodillas
Y bendecir la poderosa mano
Que hizo tu ser tan limpio y soberano
Que es modelo de eternas maravillas.

Sé que ensalzar tus glorias no me es dado...
Mi lenguaje, tan tosco cual mezquino,
Podrá loar lo humano; lo divino
Jamás lengua terrena lo ha expresado.

En vano, en vano cantará el poeta
Y suavemente pulsará el salterio;
En vano sondeará tu gran misterio
Del hombre pensador la mente inquieta.

Mas, aunque débil sea mi humilde canto,
Quiero elevarlo ante tu pura planta,
Que al ensalzar tus glorias se levanta
Mi espíritu hasta el Dios que te amó tanto.

¿Quién la belleza en Ti, Virgen, no adora,
Y en tu presencia lo ideal no siente,
Si eres de gracia y hermosura fuente,
Y en Ti el amor divino se atesora?

Tu Concepción sin Mancha es un arcano
Donde se abisma el corazón, la mente,
Y el hombre, por la Fe, tan sólo siente
Lo que encierra de augusto y soberano.

De la divina gracia eres abismo,
Y espejo de los justos tu hermosura,
Y al contemplarte tan excelsa y pura

Se complace en tus gracias el Dios mismo.

Mas ¿cómo sentiré yo tu inocencia
Y habré de sondear tus perfecciones?
Si te saben amar los corazones
No te puede abarcar la inteligencia.

Tú, la sola sin mancha, la escogida
Desde la eternidad por el Dios santo
Para ser de Satán duro quebranto
Y amparo del doliente en esta vida.

Tú, la mujer que en la terrena historia
Apareció con resplandor divino
Para guiar al hombre en el camino
Erizado de espinas de la gloria.

Pura y sin mancha te sintió la Ciencia,
Y las Letras y el Arte y la Poesía,
Y la severa y noble Teología
Cantó tu Concepción con reverencia.

¿Con qué he de compararte, Virgen pura?
Ya es vulgar compararte con las flores,
Y del radiante sol con los fulgores,
Y de mieles de amor con la dulzura.

Veo tu pureza en el candor del niño,
Y en el azul del cielo transparente,
Y en la aurora al nacer en el Oriente,
Y en la nívea blancura del armiño.

En Ti agotó el Señor su omnipotencia,
¡Oh Virgen celestial! cuando te hizo
Para que fueses de la tierra hechizo
Y abismo del amor y la inocencia.

Tú eres de Dios milagro soberano,
Tu gracia y gallardía el cielo adora;
Por tu santa pureza eres Señora
Con eterno poder sobre lo humano.

Tú de la nieve tienes la blancura,
Y el suavísimo aroma de las flores,
La placidez de cándidos amores,
La misteriosa unción de la ternura,

Del encumbrado Angel la inocencia,
La transparencia de la limpia fuente,
La majestad sublime del torrente
Y lo profundo y grave de la Ciencia.

¿Qué se podrá igualar con la tersura
De tu divino rostro y tus cabellos,
Si el mismo Dios que te creó tan pura
Al mirarlos quedó prendido en ellos?

De tu belleza al resplandor sagrado
El inspirado genio se anonada,
Y el plácido fulgor de su mirada
Diciendo está que en Ti no entró el pecado.

¿Quién como Tú, Mujer, si hasta el averno,
Si pudiera gozar, gloria tendría
Al escuchar tu nombre de ambrosía,
Que es de dulce esperanza poema tierno?

Sintieron a tu voz las herejías
En sus entrañas duras fiero espanto,
Y a tus triunfos el orbe elevó un canto
De arrobadoras, tiernas melodías.

¡Oh, hasta en tu faz divina puso el Arte
Una mística unción, una serena
Majestad celestial, que al vate llena
De augusta paz y tiene que adorarte!

Yo tu misterio en el silencio adoro,
Que es adorar del Padre los arcanos,
Pues quiso de sus gracias en tus manos
Depositar su singular tesoro.

¿Qué sabe de bellezas quien tu frente
Y tus divinos ojos no ha adorado?
¡Nada supo jamás quien a tu lado
No sintió la virtud, ni alzó su mente!

Enmudezca la lira... No hay dicciones
Para expresar cantando en el idioma
Tu candidez sencilla de paloma
Y la atracción de tus celestes dones.

Por eso doy aquí fin a mi canto,
Pues con sólo llamarte ¡INMACULADA!
Ante Ti la creación yace postrada
Adorando en tu Ser lo eterno y santo.

A la Sagrada Escritura

Libro divino, eterno sol que el mundo
Constantemente con tu luz caldeas;
Sin ti no tienen fuego las ideas
Ni puede el genio ser noble y fecundo.

Llora sin ti la lira su impotencia
Al no poder sentir y alzar el vuelo,
Y la musa se arrastra por el suelo
Reflejando en su rostro la impaciencia.

Y es que tú ¡Sacra Biblia! eres abismo
De belleza y de luz, y en ti el poeta
Puede cantar, gemir con el profeta
Y hasta llegar al trono del Dios mismo.

Tú los misterios guardas de las cosas
Y el modelo gentil de la belleza;
Tú tienes de los cielos la grandeza
Y en tu propia virtud, firme, reposas.

En ti, tan sólo en ti, el sabio advierte
El singular secreto de la ciencia,
La misteriosa ley de la conciencia,
Las claves de la vida y de la muerte.

Tú ¡oh Biblia! con tu luz hieres, penetras
Del corazón humano en la honda sima;
Contigo el verbo humano se sublima
Y es vivo sol el mundo de las letras.

¿Qué con tu luz Virgilio hubiera sido
Si bebe en ti tu inspiración de fuego?
¿Qué el inmortal Homero, el triste, el ciego,
Si tu armónica voz hubiese oído?

Sin ti la oscuridad reina en la tierra,
Y en vano deslumbrar anhela el hombre
Dando a las cosas físicas un nombre
Que nada significa y nada encierra.

Tú eres eterna, inagotable fuente
Donde la excelsa inspiración bebieron
Los poetas y artistas que sintieron
Fuego en el alma y chispas en la mente.

Y así como los justos te estudiaron,
Así también los necios, los ateos,
Uniéndose a los nuevos fariseos
De la moderna ciencia, te ultrajaron.

Y es que tu luz los deslumbró y su ciencia
Sintió con tu verdad miedo y espanto;
No creyeron que tú supieras tanto
Y pudieras vencer su resistencia.

Yo no anhelo saber filosofía,
Me basta con la tuya, Biblia santa;
Mi corazón con ella se levanta
Donde jamás pudiera con la impía.

Tú eres el ojo eterno de la Historia
Y sabes lo pasado y lo futuro;
Tu Verbo sacrosanto, en el oscuro
Curso del tiempo es resplandor de gloria.

¿Y qué mucho que yo, Biblia, te alabe,
Cuando cantando está la ciencia humana
Que sería sin ti tiniebla vana,
Inmenso laberinto y rota clave?

Siempre, al abrir tus páginas sagradas,
Mi espíritu gozó con tu hermosura,
Y, por virtud de Dios, mi mente oscura
Sentí inflamarse en vivas llamaradas.

¡Oh, palabra de Dios, bendita seas!
Sé en mi vivir antorcha y esperanza,
Y del alado tiempo en la mudanza
Fija en mi oscura mente las ideas.

Soliloquios

Vuelvo a ti, valle risueño,
Porque en tu sagrada calma
De nuevo pueda mi alma
Gozar de místico ensueño.

Y en la sagrada quietud
De tus noches soñadoras,
Gozaré las dulces horas
Cantando con mi laud.

¡Qué hermoso y limpio es tu cielo
En esas noches serenas
De místico ensueño llenas,
Que es de las almas consuelo!

Se asemeja a un bello manto
Cuajado de pedrería,

Donde el vate se extasía
Y se inflama en ardor santo.

Grato valle, aunque reposas
En un misterio atrayente,
La vida, en tu calma, siente
El genio en todas las cosas.

Mas la vida reposada
Que va viviendo el olivo,
Es la vida de un cautivo
Siempre a la tierra apegada.

Es la vida de la flor
Que esparce suave perfume:
Mas ¡ay! presto se consume
Del astro rey al fulgor.

Todo en ti vive, en ti muere
Apegado siempre al suelo;
Sólo el hombre ve en ti el cielo
Porque luz y vida quiere.

Ama, sí, tu soledad,
Porque en ella la Natura
Le devuelve su hermosura,
Que le habla de eternidad;

De una vida tan divina,
Que las sombras del olvido
Su curso no ha ensombrecido
Al que por ella camina.

II

Sufro una sed que me abrasa
El corazón y la vida,
Y en mi alma dolorida
No acierto a ver qué me pasa.

No sé si es dolor, si tedio,
Lo que ofusca mi razón;
Mas sé que en mi corazón
El mal no tiene remedio.

Triste y enfermo de amar,
Yo no ensalzo en mis cantares
La hermosura de los mares,
Las dulzuras del gozar;

Y no alivio mis caminos
Con melodiosas canciones,
Con místicas oraciones
Y con anhelos divinos.

¡Oh! está la senda en que avanzo
De espinas toda erizada,
Y en la tarde sosegada
Mis ayes al viento lanzo,

Y una voz grave me dice:
«Sigue, avanza, caminante,
Que está tu patria distante
Y el Padre que te bendice.

Sufre luchando en la tierra,
Que sólo se alcanza el cielo
Sufriendo en el triste suelo
Los trabajos de la guerra.

No sufras, no, el desaliento
Y piensa que hay en tu mente
La luz del Padre indulgente
Que conserva el firmamento.

Aprende que los dolores
Hacen al hombre más sabio
Poniendo en su tosco labio
Frases que son resplandores.

Que en el dolor se inspiraron
Los genios que el mundo admira,
Y las cuerdas de la lira
Aun en lo alegre lloraron.

¡Oh, qué noble es la figura
Del hombre cuando padece!
Y es que a Cristo se parece
En su moral hermosura».

Así aquella voz decía
Por calmar mis ansiedades,
Cuando en dulces soledades
Honda duda me afligía.

Yo la escuché reverente
Porque era cual voz del cielo
Que da al que sufre consuelo,
Siendo sol para su mente.

La tarde en tanto caía,

Y el lucero vespertino
Con su resplandor divino
Llenaba mi fantasía.

Todo era paz, todo ensueño,
Y en el valle rumoroso
Yacía todo en reposo
Y se mostraba halagüeño.

Proseguí, pues, mi camino,
Ya menos triste y estrecho,
Porque me inflamaba el pecho
Un amor casto y divino.

III

¡Oh Creación bella, te admiro!
Que eres un canto elocuente
Alzado al Omnipotente
Por cuya gloria suspiro.

Libro excelso en el que el vate
De ardiente espíritu, inquieto,
Va descubriendo el secreto
Del misterio que lo abate.

Estudiando la creación
Y observando su belleza,
Siente el hombre la grandeza
De la divina razón.

Y desprecia ese mezquino
Afán de la gloria humana,
Tan inconstante, tan vana,
Que es la nada su destino.

Pero la Creación, en tanto,
Siempre hermosa, siempre nueva,
Sin cesar, a Dios, renueva
Su noble y sublime canto.

IV

Ya perdida mi ilusión,
Todo me parece triste,
Y nada en el mundo existe
Que halague mi corazón

El tiempo avanza, y en tanto,
Lo que ayer me complacía

Aumentando mi alegría,
No tiene para mí encanto.

Nada templa mi dolor,
Nada mitiga mi pena,
Que es la vida una cadena
Si no se goza el amor.

Me va enseñando el vivir
Que es el mundo una ficción,
Así como mi razón
Me va enseñando a morir.

Y me es la vida enojosa
Y a veces mi corazón
A1 fuego de la pasión
Ni halla placer ni reposa.

¡Oh, Señor, dame la mano,
Que a caminar ya no acierto,
Y el corazón casi muerto
Hoy la salud busca en vano!

No quieras que en el sendero
Que huella mi herida planta,
De tu providencia santa
Me olvide, Dios verdadero.

Bien sabes que no ambiciono
Riqueza, favor ni honores,
Que en la tierra los dolores
Sólo son del hombre el trono.

Dame tan sólo el vivir
En esa divina calma
En que siempre goza el alma
Cuando ha aprendido a sufrir.

Romanticismo

Gozo en lo triste y siento en la alegría;
Me inspira el templo grave y solitario,
Así como con sombras de Calvario
Cuando en su cumbre el Redentor moría.

Me place oír la tierna melodía
Del lacrimoso canto pasionario,
Y ver envuelta en humo de incensario
La dolorosa imagen de María.

Medito el fin de toda gloria humana
Si oigo doblar a fúnebre campana,
Y se ennoblece mi alma en su tristeza.

Y esta atracción que por lo triste siento
Aviva en mí el cristiano sentimiento
Y me hace despreciar toda grandeza.

La vida es amor

La vida sin amor no se concibe:
Vive sin él el alma triste, inquieta;
Amor suspira el canto del poeta
Y de su luz la inspiración recibe.

Todo por él palpita, todo en él vive,
Que a su ley la creación está sujeta;
En el mártir es fe, y en el profeta
Luz y calor que vierte en lo que escribe.

Por el amor divino existe el mundo;
El de la madre el seno hace fecundo
Y endulza del vivir los sinsabores.

Y si es tan horroroso el triste averno,
Es porque en él jamás quiere el Eterno
Que nazcan del amor las ígneas flores.